

LAS POTENCIAS DEL ALMA

09 – 04 – 1.995

León Denis aborda el tema en su libro “El problema del ser y del destino”.

Toda alma o espíritu encarnado tiene una vibración particular y diferente. Su movimiento propio, su ritmo es la representación exacta de su potencia dinámica, de su valor intelectual y de su altura moral.

Los menores detalles de nuestra vida se registran en nosotros, dejando huellas imborrables. Pensamientos, deseos, pasiones, actos buenos y malos, todo se fija, todo queda grabado; y es nuestro propio patrimonio.

El estudio del ser deja entrever la potente red de fuerzas, de energías ocultas. Todo el porvenir, en su ilimitado desenvolvimiento, está contenido en él como su germen.

Las causas de la dicha no se hallan en lugares determinados del espacio; estas causas están en nosotros, en las profundidades misteriosas del alma.

“El reino de los cielos está dentro de vosotros” (Jesús de Nazareth)

“Tú traes en ti un amigo sublime que no conoces aún” (Vedas)

“Vivís en medio de almacenes llenos de riquezas y estáis muriendo de hambre en su puerta (Suffis Ferdonsis, pensador persa).

Todas las grandes enseñanzas concuerdan: “En la vida interior, en la floración de nuestros poderes, de nuestras facultades, de nuestras virtudes, es en donde está el manantial de las felicidades futuras”.

Miremos atentamente al fondo de nosotros mismos; cerremos nuestro entendimiento a las cosas externas, y después de haber acostumbrado nuestros sentidos psíquicos a la oscuridad y al silencio, veremos surgir luces inesperadas, oiremos voces fortificantes y consoladoras.

Pero, hay pocos seres humanos que sepan leer en su interior, explorar esos retiros donde duermen y se esconden tesoros inestimables. Recorremos el camino e la existencia sin saber nada de nosotros mismos, de esas riquezas psíquicas, que al hacerlos valer, nos procurarían goces sin límites.

Existen en toda alma humana dos centros o esferas de acción y expresión. Una es exterior a la otra y manifiesta la personalidad, el yo, con sus pasiones, debilidades, movilidad e insuficiencias. La otra es interior, profunda, inmutable, el sitio de la conciencia, la fuente de la vida espiritual, el templo de Dios en nosotros.

Cuando este centro de acción domina al otro, cuando sus impulsos dirigen, solamente entonces, es cuando se revelan las potencias ocultas, y el espíritu se afirma en su esplendor y su belleza.

La conciencia o el sentido íntimo

La vida del alma tiene por finalidad la manifestación creciente de lo divino que hay en ella, el acrecentamiento del imperio que está llamado a ejercer por dentro y por fuera, con la ayuda de sus sentidos y de sus energías latentes, el desarrollo del perfeccionamiento y el acrecentamiento del poder espiritual sobre el material.

Este resultado se puede conseguir por diversos procedimientos: por la ciencia o por la meditación, por el trabajo o por el entrenamiento moral. El mejor procedimiento consiste en utilizar todos estos modos de aplicación, completándolos unos con los otros. Pero el más eficaz de todos es el examen interior, la introspección.

Víctor Hugo escribía en el “*Post-scriptum de ma vie*”:

“En el interior del yo, es donde precisa mirar el exterior... Incliniéndose sobre este pozo, nuestro espíritu percibirá a cierta distancia del abismo, en un estrecho círculo, el inmenso mundo”.

Emerson lo decía igualmente: “El alma es superior a lo que puede saberse de ella, y más sabia que ninguna de sus obras”.

El alma se liga, por sus profundidades, a la gran alma universal y eterna de la que ella es como una vibración. Este origen, esta participación explica la necesidad irresistible del espíritu evolucionado: necesidad de infinito, de justicia, de luz, de sondear todos los misterios, de conocimientos. De allí provienen las aspiraciones más altas, deseo de saber jamás satisfecho, sentimiento de lo bello y del bien.

Por debajo de la superficie del yo, agitada por los deseos, las esperanzas y los temores está la Conciencia Integral, centro permanente que se mantiene en las transformaciones del individuo; apacible, serena, el principio de la sabiduría y de la razón, desconocida por la mayoría de los seres humanos y sólo adivinada por sordos impulsos o por vagos reflejos entrevistos.

Todo el secreto de la felicidad y la perfección está en la identificación, y en la fusión de estos dos planos psíquicos; mientras que la causa de todos nuestros males y miserias morales está en su oposición.

La conciencia es el centro de la personalidad, permanente e indestructible, que persiste y se mantiene a través de todas las transformaciones del individuo. No es sólo la capacidad de percibir, es el sentimiento de vivir, de actuar, de pensar, de querer. Es una e indivisible y no se modifica por la disolución de las formas materiales. Sin embargo, conservando su unidad, presenta varios planos y aspectos.

El centro físico se confunde con lo que la ciencia denomina sensorium, es decir la facultad de concentrar las sensaciones exteriores, coordinarlas, definir las, apreciar sus causas y definir sus efectos. Poco a poco, por el hecho mismo de la evolución, estas sensaciones se multiplican y se afinan, y la conciencia intelectual se pone de manifiesto. Desde entonces, su desenvolvimiento no tendrá límites, puesto que podrá abarcar todas las manifestaciones de la vida infinita.

Entonces, se acrecentarán el sentimiento y el juicio, y el alma se percibirá a sí mismo; se volverá sujeto y objeto. En la multiplicidad y la variedad de sus operaciones mentales tendrá siempre conciencia de lo que piense y quiera.

El yo se afirma y engrandece y la personalidad se completa por la manifestación de la conciencia moral o espiritual; con lo cual la facultad de percibir los efectos del mundo sensible se ejercerá por procedimientos más elevados.

Es por estos sentidos interiores que el ser humano percibe los hechos y las verdades de orden trascendental. Los sentidos físicos son engañosos, distinguen sólo las apariencias de las cosas; y nada serían sin este *sensorium* que acapara y centraliza sus percepciones y las transmite al alma, quien registra el conjunto y desprende de ello el efecto útil.

Por encima de este *sensorium* superficial, existe otro más oculto que discierne las reglas y las cosas del mundo metafísico. Este es el sentido profundo desconocido, no usado por la mayoría de los seres humanos y que algunos experimentadores han llamado conciencia subliminal.

La mayoría de los grandes descubrimientos han confirmado en el orden físico, las ideas percibidas por la intuición o el sentido íntimo.

De la misma forma que existe un organismo y un *sensorium* físico que relaciona los seres y las cosas del plano material, existe otro sentido espiritual con cuyo auxilio, ciertos seres penetran en los dominios de la vida invisible.

Este sentido será el centro único de nuestras percepciones, después de la muerte. En la extensión y la liberación creciente de este centro espiritual, radica la ley de evolución psíquica, la renovación del ser, el secreto de la iluminación interior y progresiva. Gracias a él, es posible desprenderse de lo relativo y de lo ilusorio, y de todas las contingencias materiales, para ligarse cada vez más con lo inmutable y lo absoluto.

La ciencia experimental será siempre insuficiente, a pesar de las ventajas que ofrece y de las conquistas que realiza, si no se completa por la intuición, por esta especie de adivinación interior que nos hace descubrir las verdades esenciales.

El destacado psicólogo norteamericano William James, rector de la Universidad de Harvard en el siglo pasado afirmaba:

“Nuestra conciencia normal no es más que un tipo particular de conciencia, separado, como por una fría membrana, de muchas otras que esperan el momento favorable de entrar en juego. Podemos atravesar la vida sin sospechar su existencia, mas, en presencia del estimulante conveniente, aparecen reales y completos”

El profesor César Lombroso de la Universidad de Turín, creador de la psicología criminal, escribió en 1.907, en la revista italiana Arina, confesando que hasta 1.890 fue adversario de la doctrina espírita, pero que habiendo encontrado en su ejercicio de la práctica médica casos inexplicables por las teorías fisiológicas y patológicas establecidas, se le ocurrió la idea de que quizás el Espiritismo le facilitaría los medios para acercarse a la verdad.

Con la finalidad de desarrollar y afinar la percepción de un modo general, es preciso trabajar para desenvolver el sentido íntimo, el sentido espiritual.

El mejor método consiste en aislarse, relajarse, concentrarse, elevar el pensamiento, solicitar la protección de seres espirituales con mayor conocimiento y moral, desprenderse de intereses bajos y esperar...

El esfuerzo mental nos conducirá a leer en el gran libro que llevamos dentro de nosotros. Las percepciones materiales producen vibraciones horizontales o bajas que frenan y restringen las percepciones, mientras que la meditación y el esfuerzo hacia el bien produce vibraciones verticales y altas que elevan y establecen una relación superior.

Sin embargo, es necesario tomar precauciones, teniendo en cuenta que el progreso moral da autoridad y ahuyenta los factores negativos, que la inclinación al bien y desinterés material, protege de peligros y acredita para merecer un maestro o conductor.

Los resultados del entrenamiento psíquico son el conocimiento de sí mismo y el desarrollo de la mediumnidad. El velo que oculta el mundo invisible se torna transparente, y detrás de él, el alma puede percibir un maravilloso conjunto de armonías y belleza; al mismo tiempo que él mismo se vuelve más apto para recoger las intuiciones e inspiraciones de seres superiores.

Cada plano del universo y cada círculo de vida, corresponde a un número de vibraciones que se acentúan y se vuelven más rápidas y más sutiles, a medida que se acercan a la vida perfecta. Los seres dotados de una débil potencia de radiación no pueden percibir las formas de vida que le son superiores. Pero

todo espíritu es capaz de obtener por el entrenamiento de la voluntad y de la educación de los sentidos íntimos, una potencia de vibración que le permite actuar sobre planos más extensos.

En realidad, todos los seres humanos podrían comunicar a todas horas con el mundo invisible, porque son espíritus: Por la voluntad se puede comandar a la materia y desprenderse de sus lazos para vivir en la esfera más libre de la vida super-consciente, para lo cual es necesario espiritualizarse, por medio de la concentración perfecta de las fuerzas interiores. Esto es lo que han logrado los videntes, los místicos, los sabios, de todos los tiempos y de todas las religiones.

William James afirmaba en la "Experiencia religiosa":

"El más importante resultado del éxtasis es el hacer caer toda barrera entre el individuo y el absoluto. Por el nos damos cuenta de nuestra identidad con el infinito; esta es la eterna y triunfante experiencia del misticismo que se encuentra en todos los climas y en todas las religiones. Todas hacen oír los mismos acentos con una imponente unanimidad; todas proclaman la unidad del hombre con Dios. Es esta una iluminación de una riqueza inagotable, de la cual se siente que tendrá sobre la vida una inmensa trascendencia".

La intuición es una de las formas de mediumnidad más hermosas, empleada por el mundo invisible para transmitir sus advertencias y sus instrucciones, mientras que otras veces será la revelación de la conciencia profunda a la conciencia normal.

En el primer caso puede ser considerada como una inspiración, por la cual el espíritu infunde sus ideas en el entendimiento del transmisor, quien proporcionará la expresión, la forma, el lenguaje y en la medida de su desenvolvimiento cerebral, el espíritu hallará los medios más o menos seguros y abundantes para comunicar su pensamiento en toda su extensión y esplendor.

La comunicación varía en sus manifestaciones según el estado más o menos perfecto de los instrumentos que emplea. Cada médium sella con la huella de su personalidad, la inspiración que le llega de lo alto. Cuanto más cultivado es el intelecto del sujeto, cuanto más espiritualizado, los instintos materiales están más comprimidos en él y el pensamiento superior será transmitido con más pureza y fidelidad.

Casi todos los autores, escritores, oradores y poetas tienen la intuición de una asistencia oculta que les inspira y participa de sus trabajos.

Tomas Paine

"No hay persona alguna, que habiéndose ocupado de los progresos del espíritu humano, no haya hecho esta observación: que existen dos clases bien distintas de lo que se llama ideas o pensamientos: las que son producidas por nosotros mismos, por la reflexión, y las que se precipitan por sí mismas en nuestro espíritu. Yo me he formado una regla de escoger siempre con delicadeza a estos visitantes inesperados y de buscar con todo el cuidado de que soy capaz, si merecen mi atención. Yo declaro que a estos huéspedes extraños es a quienes debo todos los conocimientos que poseo".

Emerson

"Los pensamientos no me vienen sucesivamente como en un problema de matemáticas, mas penetran por ellos mismos en mi intelecto, semejantes a un

relámpago que brilla en las tinieblas de la noche. La verdad me llega, no por el razonamiento, mas sí por la intuición”.

Walter Scott

En su obra “El anticuario”, el bardo de Aven decía:

“Tengo un plan general, mas tan pronto cogeré la pluma, ésta correrá de prisa sobre el papel, tanto que a menudo me siento tentado a dejarlo correr por sí sola, para ver si de este modo, escribirá tanto como con la asistencia de mi mente”.

J.J. Rousseau

Su célebre inspiración, descrita por el mismo ha sido considerada clásica. Se refirió a la inspiración súbita que sintió cuando leyó en el diario francés “Mercur de France”, un artículo dedicado a la Academia de Dijon. Se sintió de pronto “cegado por mil luces, multitud de ideas se presentaban a la vez con una fuerza y una confianza que lo lanzaron en una turbación inexplicable. Todo lo que pudo retener de aquellas multitudes de grandes verdades que durante un cuarto de hora lo iluminaron bajo aquel árbol, lo derramó en sus principales escritos: su primer discurso sobre la “Desigualdad” y el “Tratado de la educación”.

Para lograr el desarrollo de las potencias del alma existen múltiples técnicas. El método a seguir para el desenvolvimiento de los sentidos psíquicos consiste en aislarse, en suspender la actividad de los sentidos exteriores, en apartar de sí las imágenes y los ruidos de la vida externa.

Es necesario replegarse en sí mismo y, en la calma y el recogimiento del pensamiento, hacer un esfuerzo mental para ver y leer en nuestro interior.

El medio para obtener la disposición para colocar en movimientos las potencias interiores y orientarlas hacia una ideal más alta es la voluntad; porque el uso persistente y tenaz modifica la naturaleza del ser y vence los obstáculos, dominando la materia, influye sobre la salud y la enfermedad.

Constituye el mayor de todos los poderes del alma y su acción es comparable a un imán. La voluntad representa la clave de la evolución, pues el deseo de vivir y progresar atrae recursos vitales.

Por medio de la voluntad dirigimos los pensamientos hacia la finalidad deseada, evitando que “floten” sin rumbo continuamente, ocasionando la desorganización y el desorden, campo estéril para recibir las influencias de los espíritus desarrollados.

La acción de la voluntad activa vibraciones, adecua a un mundo más elevado de sensaciones, y produce una acción sobre el cuerpo fluido. Puede verificarse tanto durante el sueño como en vigilia, puesto que cuando el alma se lo propone continúa persistentemente en su propósito.

La confianza, el optimismo y la resolución apartan la negatividad; mientras que la desesperanza, el temor y el mal humor atraen los pesares e inconvenientes.

La técnica “mind cure” (cura mental) es el método terapéutico que se resume en la fórmula siguiente: “El pesimismo nos debilita, el optimismo nos hace fuertes”.

Se trata de procedimientos terapéuticos que logran resultados exitosos considerables, con los cuales se produce una acción en el organismo por la sugestión y autosugestión.

En todos los tiempos y bajo las formas más diversas, en esto consiste el principio de la salud física y moral.

La ideoplastia que produce el ser espiritual lo conduce a producir su propio organismo en el acto de encarnar, de mantener las características individuales de su propio cuerpo, de enfermar y de curar sus tejidos y su funcionalidad, y por último, de conducirlo a la decadencia hasta la extinción. Como también a actuar sobre la materia y sobre los pensamientos ajenos aún cuando temporalmente no cuente con un organismo físico, en los períodos entre las encarnaciones.

Por la educación de la voluntad ciertos pueblos llegan a obtener resultados que parecen prodigiosos. La energía mental individual que enseña algunas filosofías orientales, permiten el desprecio al dolor, la impasibilidad ante la muerte, el dominio de las impresiones, de los impulsos, de la ira, de los sufrimientos y de los lamentos y quejas. Tal educación temple los corazones.

Con la conquista del dominio de la voluntad, el ser obtiene la libertad, abandona la esclavitud hacia los temores que lo limitan.

¡Querer es poder! Reza un adagio popular. Es la manifestación de que la potencia de la voluntad no tiene límites para lograr los objetivos: desear, poder, perseverar, obtener.

La libertad es la condición necesaria para el alma, sin la cual no podría edificar su destino. A simple vista la libertad humana parece muy restringida, en medio de las leyes naturales que lo exponen a las necesidades físicas, las condiciones sociales, intereses e instintos. Sin embargo, aunque limitada es suficiente para que el alma rompa el cerco y escape a las fuerza que la oprimen, gracias a su voluntad.

A pesar de su limitación está en continuo desenvolvimiento, ya que el progreso no es otra cosa que la extensión del libre albedrío individual y colectivo.

La libertad y la responsabilidad del espíritu son correlativas y aumentan su elevación. Construyen la dignidad y la moralidad, pues sin ellas sería una máquina ciega a merced de las fuerzas del entorno.

La noción de moralidad es inseparable de la libertad; mientras que la responsabilidad se establece por el testimonio de la conciencia que aprueba o riñe, según la naturaleza de los actos del ser humano. La sensación de remordimiento es una prueba más demostrativo que todos los argumentos filosóficos. Para todo espíritu medianamente evolucionado, la ley del deber, se mantiene como un faro a través de la bruma de las pasiones y de los intereses. Para ser libre es necesario desear serlo y hacer el esfuerzo para serlo. Sólo se obtiene por la educación y el entrenamiento prolongado de las facultades humanas. Así se consigue la liberación física por la limitación de los apetitos, la liberación intelectual, por la conquista de la verdad, y la liberación moral por la búsqueda y el logro de la virtud.

La cuestión del libre albedrío tiene una importancia capital y graves consecuencias para el orden social, por su acción y su repercusión sobre la educación, la moralidad, la justicia, la legislación, etc. Esto ha determinado dos corrientes de opinión:

1. Los negadores del libre arbitrio, fatalistas y deterministas, cuyos argumentos se resumen así: "El hombre está sometido a los impulsos de su naturaleza, que le dominan y le obligan a querer, a determinarse en una sentido más bien que en otro. Por consiguiente no es libre.
2. Los que admiten la libre voluntad del ser humano aunque con restricciones, que ha sido sustentada por numerosos filósofos relevantes como Wundt, Foullée y Boutroux.

En esta última categoría están los religiosos o teólogos que sostienen la existencia de libertad en el ser humano, para elegir su destino, optando entre el bien y el mal. Cuando eso se desarrolla en una sola existencia, el resultado es determinante, puesto que el castigo es para toda la eternidad; mientras que en las creencias reencarnacionistas, las malas elecciones se pueden corregir en sucesivas experiencias de vida.

Corrientes más modernas y basadas en experimentos científicos, sustituyen el fatalismo y el determinismo, por la idea más lógica de las múltiples experiencias de vida encarnada, con un continuo progreso, durante las cuales se ejercitan las potencias del alma, mediante la libre elección de los actos, con las consecuencias acordes a los mismos.

La ley de causalidad ofrece una explicación satisfactoria, pues aleja el concepto del pecado irremediable y condenatorio, y explica el ejercicio de la libertad en el entorno merecido según el propio nivel de elevación, regido por la ley de causalidad. Cada ser conquista su propia libertad en el curso de la evolución que debe realizar.

La libertad es muy limitada en las etapas inferiores, pues está suplida al principio por el instinto, que desaparece poco a poco, para hacer sitio a la razón. Es más considerable cuando el espíritu adquiere la comprensión de la ley y progresan por evolución conciente. El ser se gobierna a sí mismo.

En el acto de reencarnar, la libertad para elegir las pruebas que le permitan corregir sus errores, dependerá del grado de conciencia que haya alcanzado.

Los defectos no son fatales ya que pueden atenuarse y modificar la suerte posterior por medio de obras positivas.

La libertad individual es del dominio total del ser, y todo individuo llegado al estado de razón es libre y responsable en la medida de su adelanto; mientras que la libertad colectiva depende de la disciplina moral de cada uno. Un pueblo es digno de ejercer la libertad cuando ha aprendido a obedecer la ley interior.

Sócrates afirmaba que “había sentido germinar en él los instintos más perversos y que había logrado domarlos”. El ser recibe influencias de su conciencia profunda y de pensamientos externos. La voluntad los acepta o los rechaza. Es inexacto decir que “la carne es débil”, es más acertado afirmar que “el espíritu es débil”.

El pensamiento es creador y disipa las sombras del camino, el trabajo construye la inteligencia, y ésta, la belleza, coronada por el esplendor de la obra realizada. Toda labor es valiosa por insignificante que parezca.

El pensamiento creador obra a su alrededor y sobre el propio espíritu. Cada uno de nosotros somos lo que pensamos con fuerza, voluntad y persistencia. El control del pensamiento conduce al control de la conducta.

El estudio silencioso y recogido es siempre fecundo para el desenvolvimiento del pensamiento, y con la meditación el espíritu se concentra. Es necesario escoger con cuidado las lecturas, madurarlas luego, y asimilar su esencia, pues se puede leer mucho pero muy rápidamente, sin meditar lo que se lee.

Además, los conocimientos se deben adquirir con disciplina y orden.

La inteligencia se elabora con todas las adquisiciones del saber, que el espíritu obtiene en su carrera de evolución y aprendizaje. Se apoya en la memoria, que es el encadenamiento, la asociación de ideas, de hechos y de conocimientos.

Charles Richet en la Academia de Medicina de París decía: “La memoria es una facultad implacable de nuestra inteligencia. Poco importa que hayamos guardado, la conciencia de este recuerdo, existe de un modo implacable”.

La memoria se rompe, aparentemente, en cada encarnación, pero queda en el subconsciente y puede aflorar en forma espontánea o provocada.

Expuso Gustave Geley, médico estudioso de los fenómenos psíquicos, autor del libro "Del inconciente al conciente":

Inconciente

"En el estudio analítico de sus elementos constitutivos hallamos elementos innatos y elementos adquiridos. Estos últimos fueron, en un principio, concientes, y luego pasaron del campo de la conciencia al de la subconciencia, convirtiéndose en criptomnésicos. Una parte de la criptomnesia subconsciente está formada también de antiguas adquisiciones concientes. Hay pues, una corriente perpetua de lo conciente a lo inconciente".

Conciente

"En el estudio analítico de sus elementos constitutivos, hallamos elementos adquiridos, que conocemos perfectamente, y elementos innatos que son más oscuros. Estos elementos son primero subconscientes; luego pasan del campo de la subconciencia al de la conciencia: de criptopsíquicos se convierten en psíquicos.

El fondo del ser conciente está formado de capacidades subconscientes. El psiquismo conciente está también constituido en su mayor parte por el subconsciente mismo, que le condiciona y le dirige.

Hay pues, una corriente perpetua entre inconciente y conciente. Hay doble influencia recíproca y perpetua entre ambos e interpenetración total. No hay entre ellos abismo infranqueable, sino conexiones estrechas y directas.

La conciencia es una parte del conciente: la parte inmediatamente accesible en el límite del tiempo y del espacio considerando, pero una gran parte del conciente queda normalmente en latencia.

Lo inconciente es una parte del inconciente, del verdadero inconciente, de aquel que queda inaccesible e insondable. La mayor parte del inconciente llega diariamente a la conciencia, de la que forma el fondo individual, que ella dirige. No es oculta, guarda simplemente el anónimo.

El progresivo avance en conocimientos permitirá elaborar un criterio crítico que ampliará el libre albedrío. El deseo de recordar todo lo aprendido y luego sintetizar en elementos necesarios para dirigir la conducta, permitirá la reforma paulatina del carácter, que harán aflorar la tolerancia, el perdón, la solidaridad, la caridad, la paciencia y la serenidad.

No basta con saber y creer, es necesario vivir lo que se cree, es decir, hacer penetrar en la práctica cotidiana de la vida, los principios superiores que se han adoptado. La acumulación de esas adquisiciones llevará a la síntesis representada en el amor.

Amor

Según León Denis:

Como se entiende comúnmente en la Tierra, es un sentimiento, un impulso del ser, que le lleva hacia otro ser con el deseo de unirse a él. Pero en realidad, reviste formas infinitas, desde las más vulgares hasta las más sublimes. Es el principio de la vida universal, y procura al alma en sus manifestaciones más altas y más puras, esta intensidad de radiación que vivifica todo lo que lo rodea. Dios ha extraído de sí la vida, para darla a las lamas. Éstas recibieron la efusión vital y el principio afectivo destinado a germinar y a florecer en ellas, por la prueba de los siglos hasta que hayan aprendido a desprenderse a su

vez; es decir, a dedicarse, a sacrificarse para los demás. Por este principio, lejos de debilitarse, se engrandecen más y se acercan al foco supremo.

El amor es una fuerza inextinguible, que se renueva sin cesar y enriquece a la vez al que lo da y al que lo recibe; y que supera todas las demás fuerzas.

El amor es más fuerte que el odio y más fuerte que la muerte. Es la cumbre de todo, el objeto de todo, la finalidad de todo.

Cada alma es un sistema de fuerzas y un generador de amor, cuya potencia de acción se acrecienta con la elevación.

Todos los que viven bajo esa bienhechora influencia moral sienten una calma, un reposo de espíritu, una especie de serenidad que dejan gustar por adelantado las quietudes celestes.

Cuando la verdadera noción del ser se desprenda de las dudas e incertidumbres se comprenderá la gran fraternidad que enlaza las almas. La verdadera familia se compondrá de espíritus que han escalado conjuntamente los rudos senderos del destino, llegado con ello, a comprenderse y a amarse”.

Todas las potencias del alma se resumen en tres palabras: QUERER, SABER Y AMAR.

Querer, es decir, hacer converger toda su actividad, toda su energía hacia la finalidad deseada, desarrollar su voluntad y aprender a dirigirla.

Saber, porque sin el profundo estudio, sin el conocimiento de las cosas y de las leyes, el pensamiento y la voluntad pueden extraviarse en medio de las fuerzas que ellas buscan conquistar, y de elementos que aspiran a dirigirla.

Pero, por encima de todo, es preciso amar, pues sin el amor, la voluntad y la ciencia serían incompletas y, a menudo, estériles. El amor las ilumina, las fecunda, centuplica sus recursos. No se trata del amor que contempla sin obrar, sino del que se emplea en extender el bien y la verdad en el mundo”.